



IV

EL SALON

—Buenas noches, ¿qué hay de nuevo?
—Hay ocurrencias notables.
Versos de una comedia.

En un salon no muy grande,
Cuadrado, y con alto techo,
Do rudo ensamble mostraba
Oscuro arteson de cedro,

Dos ojivas sobre el rio,
Adornadas de arabescos,
Por sus turbias vidrieras
Hechas de vidrios pequeños,
Dejaban difícil paso
A los rayos postrimeros
De un sol poniente de otoño
Con celajes encubierto.

Por las extensas paredes
De guerra y caza trofeos
De altas escarpas pendian,
O de armaduras de ciervos.

De mármol la chimenea
Llenaba todo un testero,
Timbres mostrando y follajes
Y bizantinos brutescos.

Y á otro lado campeaba
Un oratorio pequeño,
De nácar, de concha y bronce,
Primoroso por extremo.

Do á la imágen de la Virgen,
De un arte perdida esfuerzo,
Una lámpara de plata
Daba amarillos reflejos.

De nogal duros escaños
Muy pulidos y muy tersos,
Y unos sitiales enormes
Ornaban el aposento.

Un gran bufete ochavado
Estaba plantado enmedio,
Con un tapete de Persia
Con borlones y con flecos.

En el bufete jugaban
A las tablas con sosiego
Dos maduros personajes
De muy diferente aspecto.

Era el uno un conde ilustre,
De la casa amigo y deudo,
Que en la Turena tenia
Sus castillos y sus feudos.

El otro un abad notable
Por su astucia y su talento;
Predicador de gran nombre
Y en la corte de gran peso.

Miéntas estos dos jugaban,
Allí cerca y en silencio
En un gran sillón forrado
Con un recamado cuero,

La señora de la casa,
De rostro grave y sereno,
De edad dudosa, y de porte
Aristocrático y serio,

Con las tocas de viuda
Y monjil rico, aunque negro,
Que daban mayor realce
A su distinguido aspecto,

Atentamente ojeaba
Un librito muy pequeño,
Con manecillas de oro
Y tapas de mucho precio:

Manuscrito lindo y raro,
Adornado con esmero
De brillantes miniaturas
Y dorados arabescos,

Que á la devocion brindaba,
Y facilitaba el rezo
De las horas de la Virgen
Y los Santos Evangelios.

Y si la dama apartaba
De él los ojos un momento,
O era para dar al Conde
De una jugada el consejo;

O para en las controversias
Propias de lances de juego
Irse siempre de su bando,
Y con teson defenderlo:

Lo que tal vez producía
De malicia un fino gesto
En el Abad, que cortaba
De la fresca viuda el vuelo...

En el hueco de una ojiva,
Donde le daba de lleno
La última luz de la tarde,
Que espiraba por momentos,

Ante un bastidor, sentada
Sobre un cojin en el suelo,
Estaba una linda niña
De veinte años no completos.

Delicada, blanca, pura,
De oro acendrado el cabello,
Que en bucles y en anchas trenzas
Bajaba á adornar el seno,

Boca de perlas y rosas,
Ojos del color del cielo,
Y el total más expresivo,
Y el conjunto más modesto.

Era Matilde, la hija
De la casa, el embeleso
De su madre, y el encanto
De los amigos y deudos.

Bordando estaba un tapete
Con emblemas y misterios
De la Pasión, recamados
No sin destreza y acierto.

Y viendo borrados casi
Del sol los últimos dejes,
Y que la luz le faltaba,
Fué su labor recogiendo.

A poco en la erguida torre
Del contiguo monasterio
El *Angelus* anunciaron
De las campanas los ecos.

Y aquellas cuatro personas
Ante el oratorio fueron,
Do hincándose de rodillas
Entonaron breve rezo,

De que dijo los latines
El noble Abad, á quien luego
Todos besaron la mano
Con ceremonial respeto.

Dos pajes, ambos vestidos
De jalde, de rojo, y negro
Entraron. Y miéntas uno
Puso del bufete enmedio

Enorme velon de plata,
Que iluminó el aposento;
Cerró el otro las maderas,
Los cortinajes corriendo.

El Conde, el Abad, la dama
A sus sillones volvieron,
Y esta á su devocionario
Y los otros dos al juego:

Y quedando en pié Matilde
Apoyó el cándido seno
De la madre en el respaldo,
Inclinado el rostro bello.

De afuera de la mampara
Anunció una voz en esto,

Al señor Baron, que alzando
El tapiz entró resuelto.

Era muy gallardo jóven,
Alto, delgado y bien hecho,
Y quitándose la toca,
Y el bigote retorciendo,

Y sonando las espuelas
Contra las losas del suelo,
Con finísima elegancia
Y porte de caballero,

A la señora viuda
Saludó con gran respeto,
Besóle al Abad la mano,
Dió la suya al Conde viejo;

Y con sonrisa graciosa,
Y particular afecto,
A la divina Matilde
Hizo reverencia luego.

Ella de púrpura ardiente
Dió esmaltes al rostro y pecho,
Correspondiendo al saludo
Con ademan muy modesto.

Mas tal vez un malicioso
Pudiera haber descubierto
En las tímidas miradas
Algun futuro himeneo.

Despues de las cortesías
Y forzosos cumplimientos,
Aquellas cinco personas
Este coloquio emprendieron.

SEÑORA.

Decidme, noble sobrino,
¿Cómo tan tarde venís?

BARON.

Vengo ahora de San Dionís,
Y está muy malo el camino.

CONDE.

¿Va el palenque adelantado?

BARON.

Lo está bastante.

ABAD.

¿Y qué tal?

BARON.

No me ha parecido mal.

MATILDE.

¿Y está con gusto adornado?

BARON.

Magnífico es el dosel
Y los palcos y antepechos,

Aunque parecen estrechos,
No desdican nada de él.

Y pondrán, á lo que creo,
En los ángulos banderas,
Tapetes en las barreras,
Y en cada entrada un trofeo.

MATILDE.

¿Y es muy grande?

BARON.

Grande asaz...

No sé los pasos que cuenta...
Pero segun aparenta
De media Francia es capaz.

ABAD.

¿Y se llenará!!!

BARON.

No hay duda.

A ver un lance de honor,
Y de gloria y de valor
No habrá francés que no acuda.

ABAD.

Yo siempre deploraré
Tales lances. Los cristianos
Tan sólo con los paganos
Deben lidiar por la fe.

SEÑORA.

¿Con que sale á pelear
Un duque de Normandía?...

CONDE.

¿Y juzgais, señora mia,
Que lo pudiera evitar?

SEÑORA.

¿Un príncipe!!!

CONDE.

Es caballero,

Y precisa obligacion
El darle satisfaccion
A un ofendido extranjero.

SEÑORA.

Sí, á cualquiera...

CONDE.

No á cualquiera.

Ese español campeon
Almirante es de Aragon
Y de la sangre primera.

SEÑORA.

¿Y será ese caballero
De veras tal personaje,
O mintiendo nombre y traje
Un vulgar aventurero?

CONDE.

Señora, trae de su Rey
Cartas y autorizacion.
Es Rico-home de Aragon,
Caballero de alta ley.

BARON.

Probarme con él quisiera,
Que al cabo es un extranjero,
Que viene insolente y fiero
A insultar á Francia entera.

ABAD.

Pues yo no juzgo que Francia
Tenga aquí nada que ver.

BARON.

¿No es insultar su poder
Esa extranjera arrogancia?

ABAD.

Es lance particular,
Que ya los cristianos reyes,
Aboliendo absurdas leyes,
Debieran no autorizar.

BARON.

Cuando se toca al honor
Ni el Papa mismo es capaz...

ABAD.

Yo soy ministro de paz,
Vos... un jóven lidiador.

SEÑORA.

¡Válgame Dios, buen sobrino!

BARON.

Perdon pido si hubo exceso.
En tal cuestion, lo confieso,
Me acaloro y pierdo el tino.

CONDE.

Yo aplaudo este honroso medio,
Y el que el español gallardo
En él busque sin retardo
De su honra herida el remedio.

BARON.

Pues no me gustara á fe

Encontrarme en su lugar.
Temo que le ha de pesar.

CONDE.

Señor Baron, ¿y por qué?

BARON.

Porque el Duque es muy valiente,
Nadie en destreza le alcanza,
Y querer medir su lanza
Es pretension de demente.

CONDE.

Yo de su valor no dudo:
Así más juicio tuviera,
Y así su comporte fuera
Más hidalgo y más sesudo.

BARON.

No deis crédito á rumores
De sus viles adversarios.

ABAD.

¿Vos sois de sus partidarios?

BARON.

Le debo muchos favores.

CONDE.

Bien, no niego su valor,
Mas tambien el Almirante
Goza fama relevante
De bravo y de justador.

BARON.

Le envidio sólo un corcel
Que ha traído de su tierra.
¡Qué gran caballo de guerra!
No he visto otro mejor que él.

MATILDE.

¿Es muy lindo?... ¿De qué pelo?...

BARON.

Es tordo rodado oscuro,
Y las crines, de seguro
Le descenden hasta el suelo.

MATILDE.

¿Y viene al uso de España
Vestido ese personaje?

BARON.

No le he visto; mas su traje
Cosa debe ser extraña.

MATILDE.
¿Trae mucho séquito?

BARON.
Sí.
Trae salvajes, y trae moros
Y un paje negro.

SEÑORA.
¡Qué horror!...

MATILDE.
¿Y es muy rico ese señor?...

BARON.
Cuentan que tiene tesoros.

SEÑORA.
Vuelvo á mi tema, este lance
Me tiene en gran desconcierto,
Pues si es lo que afirman cierto,
Me recelo algun percance.

ABAD.
¿Qué afirman?

CONDE.
Un desatino.

SEÑORA.
Cuentan que estando en la cuna,
Le anunció escasa fortuna
En un duelo, un peregrino.

ABAD.
¿A quién?...

SEÑORA.
Al de Normandía.
Y corre en todo Paris
Que le dijo: *En San Dionís*
Vereis vuestro último día.

ABAD.
¿Es posible?...

SEÑORA.
¿Por qué no?

CONDE.
Señora, eso es delirar,
Y enrodado debe estar
Quien tal patraña inventó.

SEÑORA.
¿Pues qué?... ¿Acaso no pudiera?...

Dígalo el señor Abad.

ABAD.
Don profético, en verdad,
Puede dar Dios á quien quiera.

SEÑORA.
Hay quien afirma tambien
Que ese español atrevido,
Con yerbas que ha recogido
En el campo de Belen,
Logra hacerse invulnerable;
Y que grabó en su armadura
Palabra de la Escritura
Un rabino detestable.
Y que ese negro bozal,
Que dicen que trae consigo,
Si no es el mismo enemigo
Puede ser otro que tal.

ABAD.
Entre guerreros cristianos
Yo no admito tales cosas,
Porque son pecaminosas
Y propias de los paganos.

CONDE.
Ni un Rico-home aragonés
Usara supercherías.
Esas son habladurías
Del vulgacho descortés.

BARON.
Si son ciertas nada importa,
Porque del Duque la espada,
Con su valor manejada,
Hasta los encantos corta.

SEÑORA.
¿Y cuándo es el duelo?... Dí.

BARON.
En la semana que viene.
Ya el Duque padrino tiene...

CONDE.
¿Y quién es?

BARON.
Montmorency.

MATILDE.
¡Ay qué viejo!...

SEÑORA.
Viejo es.
Pero ha sido muy valiente,
Muy galan, y muy prudente,
Y honra del nombre francés.

ABAD.
¿Y del señor Almirante?

BARON.
Segun dicen eligió,
Y nuestro Rey lo aprobó,
Al buen Duque de Brabante.

MATILDE.
Mamá: ¿nosotras iremos
A ver ese desafio?

SEÑORA.
Sin duda, aunque á pesar mio,
Convidadas estaremos.

BARON.
Si Matilde allí faltara,
Faltara la mejor flor.

SEÑORA.
Que muriera de terror
Si sangre se derramara.

BARON.
Sangre, y mucha, debe haber,
Que el desafio es á muerte.

ABAD.
¿Pero el agravio es tan fuerte
Que tal fin deba tener?

BARON.
Un pisoton... bofetadas...
Una señora.. No sé.

ABAD.
Cuentan que en la iglesia fué...

CONDE.
Se dicen mil badajadas.

MATILDE.
Ojalá sea hermoso el día,
Y esté despejado el sol.
...¿Quién vencerá, el español,
O el Duque de Normandía?

BARON.
¿Pues qué, prima, lo dudais?

MATILDE.
Yo imagino que el francés.

BARON.
Eso lo seguro es.

CONDE.
¿Y si acaso os engañais?

BARON.
¿Quereis pues, de amigo á amigo,
Aquel arnés de Milan
En contra de mi alazan
Apostar aquí conmigo?

ABAD.
Ociosas apuestas son:
Lo que nos cumple averiguar,
Para poder presagiar,
Es quién tiene la razon.

Al llegar aquí el coloquio
Los pajes lo interrumpieron
Presentándose en la sala
Seguidos de un escudero.
Y en sendas grandes salvillas
Circularon y sirvieron,
Lucientes tazas de plata,
Dorados fondos y cercos,
Llenos de caliente vino
Sabrosamente compuesto
Con mil y finas especias,
Que era el usado refresco.
El Baron alegre y jóven,
Y el Conde sesudo y viejo,
Continuando la disputa
Sendas tazas se sorbieron.
Tambien el Abad las suyas
Se echó sin chistar á pechos
Y á la dama y á Matilde
Agua sirvió el escudero.
En tanto sonó la queda
Y el toque de *cubre fuegos*
Y haciendo galan saludo
Los tres tertulios se fueron.